

# UNO

*Noviembre-diciembre 2012*

*Casa de las Servidoras del Espíritu Santo, Rego Park Queens*

**M**e he preparado para morir desde que entré al convento hace más de cincuenta años, ese fue mi primer pensamiento al despertar. Moriré y estoy preparada. Después, dejé de pensar en mí, recé por el mundo. Recé para ser una fuerza de bien. *Si fuera a morir hoy, Señor, apiádate de mí.*

No era la primera vez que sentía la muerte cerca. He vivido situaciones peligrosas, he tentado a la muerte. Cuidamos a pacientes con VIH antes de saber qué era esa condena atroz, cuando veíamos cuerpos de jóvenes descomponerse sin poder ayudarlos médicamente, la única cura era la compasión, el valor, acercarnos a ellos sabiendo que nos jugábamos la vida y eso estaba bien. Viví entre enfermos de cólera y malaria. Un parásito en mi cuerpo me tuvo al borde de la muerte por deshidratación, perdí la mitad de mí misma, y sólo me pudo salvar la invermicina, un medicamento que se utiliza para el ganado.

Terminé mis oraciones, enjuagué mi cara, me puse la bata de trabajo y bajé a la cocina. Encendí las luces. Revisé que estuviera todo limpio. La cafetera estaba programada. Enchufé la tetera eléctrica para hervir agua. Las hermanas Eleanor y Asunción beben infusiones de manzanilla y menta. Eleanor le añade leche,

lo cual me parece una aberración, pero dice que así le gusta. Es lo nuevo ahora: que cada uno haga lo que le parece. ¿Qué ha pasado con el *comme il faut*? ¿A dónde se han ido las buenas maneras? Existen normas ya establecidas, pero no, debemos “dejar ser”. Manzanilla con leche. ¿Qué más se les va a ocurrir?

Solía pasar los fines de semana horneando pan y lo congelaba para que cada mañana estuviera fresco. Acompañado de mantequilla y mermeladas que también hacía yo, era un buen desayuno. Pero la hermana Josefina me ha pedido que deje de hornear. Es un desperdicio, dice, pudiendo usar las sobras de la panadería que está a una cuadra, mismas que nos regalan. Todas tenemos ideas distintas de lo que es vivir en pobreza y simplicidad. Pensaba que cuidaba bien el gasto, pero desde que llegó la hermana Josefina no deja de señalarnos los excesos, como el pan fresco. A ella no le importa la comida. No se ha quejado, sin embargo, del uso de aire acondicionado en el verano, mientras que yo bien podría estar sin él. Pero tenemos que aguantarnos. No. Más que eso, debemos amarnos. Escucho a la hermana Celia, que en paz descansa, como si fuera ayer. Su voz, clara y firme como una fresa de verano: “estamos aquí para aprender a amar”.

Hoy puse la canasta con mantecadas viejas sobre la bufetera. El aroma del café despertó mis neuronas, pero me resistí a tomar una taza antes de ir a misa. No ingiero nada, ni agua, antes de que Él entre en mí. Coloqué la mantequilla y la mermelada hecha con ciruelos dulces que compré el mes pasado para aquellas que quisieran mejorar su pan. Plátanos, manzanas y mandarinas los puse en un plato hondo. Quizás Asunción tome un plátano y la hermana María Luisa una mandarina. La mayor parte de la fruta regresará intacta y yo esperaré hasta que estén muy maduras para cocinarlas. Con los plátanos haré pan. Las manzanas siempre se utilizan en la escuela. Se puede poner manzana en muchos guisos,

nunca se desperdicia. En nuestra cocina se prepara comida para los pobres y para escuelas privadas, hacemos más de trescientas porciones diarias.

Subí rápidamente a mi habitación para vestirme. Era hora de ir a misa. Al entrar en la capilla nos saludamos en silencio inclinando la cabeza. El padre Paul viene tres veces a la semana a dar misa. Los otros días somos nosotras quienes vamos a iglesias cercanas. Cuando entré al noviciado jamás pensé que llegaría un tiempo en el que no habría suficientes sacerdotes para ofrecer el sacramento de la Eucaristía ni que las vocaciones escasearan. Llegamos a ser cuatro hermanas en esta Casa, nos acostumbramos a disminuir. Ahora somos ocho y eso me da algo de esperanza. Entré a la capilla junto con Eleanor, la mayor de nosotras. Me hace pensar en una cebolla, no sólo porque tiene capas de complejidad, todas tenemos eso, sino porque es cruda, picante, pero con calor y tiempo se vuelve suave, cristalina y hasta dulce; también esencial. Ha estado en esta casa desde su inicio.

El atrio de la maltratada capilla está pintado de un azul entre turquesa y gris que alguien pensó iría bien con el velo de la Virgen. Lo que alguna vez fueron estrellas doradas ahora están pintadas de amarillo. Pero los claveles blancos con moños rosados que puso Eleanor eran el colmo. Los claveles daban a la capilla el efecto miserable de capilla vieja para monjas viejas, algo no del todo cierto, pues Asunción y Peregrina son jóvenes. Peregrina llevaba unos pantalones ajustados a la cadera, siempre los mismos, prácticos y grises, fuera verano o invierno. La vida brotaba en ella como de una fuente, podía verla galopar hacia lugares misteriosos, llenando los espacios de su voz y energía. No, no todas éramos viejas. Asunción y Peregrina se parecían a sus nombres. Asunción se erguía como un campanario. Alta, esbelta, alargada toda ella. Su nariz, sus hombros y su pelo lacio daban la impresión

de ir hacia el cielo. Peregrina era un halcón. Cuando la conocí reparé en su nombre y pensé en los peregrinos del camino de Santiago. Pe-re-gri-na. Me gustaba. Pero a la semana de tratarla me di cuenta de su intensidad, de su estrechez. Peregrina vibraba, podía, como un pájaro, estar completamente quieta y activa a la vez. Inmóvil, serena, luego volaba, literalmente volaba, a esta o aquella comisión, foro, congreso; trabajaba con víctimas de trata de personas y con las autoridades.

Aunque el día seguía su curso en apariencia normal, mientras yo hacía esto y aquello en la cocina, el sentimiento mórbido no me abandonó. Aquello era como una marea que baja, una fuerza mayor que te empuja lentamente hacia fuera, lánguida, casi imperceptible, hasta que paras y escuchas.

## DOS

Durante los días que siguieron no logré sacudirme la sensación de que la muerte se acercaba. Caminando al asilo donde cada dos días visitaba a la hermana Ángela, quien ya llevaba tiempo enferma de gravedad, pensé en todas las personas que se habían marchado de mi vida. Mi padre fue el primero, él siempre será el primero, porque ni siquiera le conocí. Representaba una ausencia fundacional, una pérdida ocurrida antes de que yo existiera, pérdida que siempre llevaría conmigo. Jamás entenderé lo que esa ausencia significa. Él nunca estuvo, no sé cómo hubiera sido de otra forma. Es sólo cuando escucho a personas hablar de sus padres amados, de cómo los extrañan o cómo los resienten, que me doy cuenta de que es algo que no tuve. “Huérfana al nacer”. Suena tan dramático. La orfandad casi siempre tiene que ver con la madre, pero yo fui huérfana de un padre irremplazable. Los arcos romanos soportan todo su peso en una piedra central y yo carecía de ella. Durante mi vida intenté solapar esa ausencia: Con Jesús, con el trabajo, con la acción, para mantenerme firme y de pie. ¿Qué tan intensa era esa ausencia? La respuesta variaba según mi humor.

A veces era como un pastel hecho sin harina donde, aunque carecía del ingrediente principal, seguía siendo muy bueno. Otras veces era un caldo aguado hecho sólo de legumbres, sin pollo ni sal. Siempre incompleta. A veces mucho, a veces poco. Intentaba esconder esa carencia, volverme entera, pero había un ingrediente que faltaba y tenía que vivir sin él.

Mi madre ya no vive, pero su pérdida no me afectó de la misma manera. Ella murió mayor de edad, sin mucho sufrimiento, fue una muerte en la que encontré consuelo. Mi Mamá ya no estaba, pero sí estuvo y ya no podía reprocharle sus fallas. Fue mi madre, hizo todo lo que pudo. Me fui de su casa a los veinte años cuando entré al convento. Cuando ingresé de novicia, ella dejó de ser mi madre en cierta forma. Lo curioso es que esto estrechó la relación con mi hermano quien se volvió el lazo entre nosotras.

Me tomaba unos veinte minutos caminar hasta el asilo Dry Harbor. “Puerto seco”. Qué nombre. Era también el nombre de la calle, pero eso no explicaba la falta de imaginación. ¿Alguien había pensado en las implicaciones de llamar a un asilo Dry Harbor? Aún con su mal nombre, teníamos suerte de tenerlo tan cerca, muchas de nuestras hermanas pasaron ahí sus últimos años. A veces bromeábamos diciendo que era la sucursal de la casa y destino final. Mientras caminaba, noté el aire fresco que me hizo pensar en castañas y arándanos rojos. Comencé a planear la cena del domingo.

En el asilo, Ángela parecía de buen humor y se animó al verme.

—¿Me trajiste dulces? —preguntó tan pronto la enfermera le colocó la dentadura.

—No, lo siento.

—¿Trajiste regalitos, entonces? —sonreía.

—Esta vez no, pero otro día sin falta.

—¿Otro día pronto?

Podría haber sido una niña por la manera en que se comportaba, pero era tan vieja. Su humor infantil contrastaba con su cuerpo disminuido y las cataratas que nublaban su vista, las cuales había decidido no operar.

—Sí, pronto, pasado mañana te traeré dulces y regalos. ¿Qué golosinas quieres?

—Algodón.

Asentí.

—¿Quieres que envuelva tus regalos?

—Sí, sí, por favor, y un camión. —aplaudí delicadamente con sus manos.

—¿Un camión? ¿Quieres un camión? ¿De qué color? ¿Lo quieres con moño?

A todo dijo que sí. Seguimos hablando de dulces de algodón, carruseles y camiones amarillos, de sabores de helado. Coincidimos que el de vainilla era el mejor. Revisé su expediente médico y hablé con las enfermeras sobre sus medicinas. Parecía que la sertralina estaba al fin surtiendo efecto.

De regreso a la casa, me preguntaba si todos los muertos estarían aguardando la resurrección. Es difícil creer en el cielo. Parece demasiado bueno para ser cierto, pero las almas, las almas, deben de ir a algún sitio. Hay días en que me importa más creer en el infierno que en el cielo. El cielo puedo entenderlo como una fantasía infantil, un premio de consolación. Pero al infierno lo considero necesario. Quiero que los malvados sufran eternamente. He visto a los poderosos explotar a los débiles y quiero que todo aquel que ha lucrado con el sufrimiento humano tenga castigo eterno.



## TRES

Para nuestra cena dominical preparé tilapia envuelta en papel. Es muy simple hacerla, sólo se requiere pescado y verduras. Corté los ejotes y zanahorias muy finito, agregué champiñones, un poquito de cebolla y tomate. Añadí aceitunas y pimientos para Josefina y para mí. Para Eleanor, sólo hongos. Por lo general les digo que dejen en su plato lo que no les gusta pero que no me fastidien a mí con sus preferencias. Si no te gustan los chícharos, no los comas, pero no me digas cómo cocinar. Portarse así de melindrosa se hubiera visto mal en el convento antes, pues veníamos de una tradición de pan y agua. Cualquier comida debía ser bienvenida. Ahora cada una anda con sus dietas. Por supuesto que hago excepciones cuando alguien está genuinamente enferma. Pero el pescado empapelado es distinto, se presta a adaptarlo a las preferencias de una. Aderecé una sencilla ensalada de lechuga con aceite del bueno, lima y sal. Herví cuatro papas. La mantequilla estaría sobre la mesa.

Disfrutaba la sencillez de cocinar sólo para nosotras. La cena nos daría un poco de consuelo. Hablaríamos de “la visitación”. Del hecho de que el Santo Padre nos considere enemigas de la Iglesia. Con todos los males que atañen al clero, la curia decidió que somos las monjas responsables del desvío. ¿Por qué? Mientras ellos vacían las arcas haciendo pagos por permitir el abuso repetido de niños y poner a conocidos depredadores una y otra vez ante sus presas, a nosotras se nos investiga por ayudar a la comunidad trans; por permitir el uso de anticonceptivos; por

ayudar a los adictos. Se nos investiga por sentir que Jesús está del lado de los oprimidos, sean prostitutas, trans o migrantes. Lo que desde hace tiempo era una visita virtual llegó a nuestra puerta en forma de ofensivo cuestionario.

—No es nada —dijo la hermana Marcela cuando recibió el requerimiento—, lo único es que quieren saberlo todo. De qué somos dueñas, dónde trabajamos, cómo nos financiamos. Quieren números. No les interesa conocernos en realidad. Es insultante y no soy la única que piensa así.

Hemos pasado muchas horas discutiendo cómo responder y escuchando a otras congregaciones. Ha sido maravilloso sentir que somos parte de una hermandad más amplia. En total somos más de cuarenta y ocho mil religiosas en Estados Unidos. La oficina del Vaticano que investiga sólo tiene tres empleados, entre ellos una monja que han puesto ahí de adorno. Se atreven a decir que “la visitación” se hace en el espíritu de Isabel a la Virgen María, una especie de *tête-à-tête*. Insultante. Después de todos los escándalos que involucran a sacerdotes, de toda su corrupción y de todo el dinero que se ha pagado para silenciar a las víctimas, ahora somos nosotras las investigadas.

La hermana Josefina llegó antes para poner la mesa. Desde que la recibimos hace un año la he notado siempre dispuesta a ayudar, sin hacer alarde de ello. Me recuerda a mí misma de joven, limpié los baños cuando nadie me lo pedía, ayudé a las hermanas mayores con discreción y humildad, casi sin que ellas se dieran cuenta. La hermana Evangeline se sentó en la silla más cercana a la entrada como si dar un paso más le significara demasiado esfuerzo. Las demás fueron llegando hasta que sólo faltaba yo. Coloqué las bandejas de comida sobre la bufetera y ocupé mi lugar. La hermana Marcela inclinó el mentón, era la señal para tomarnos de las manos, una simple acción nos unía.

—Señor, te damos gracias por los alimentos que vamos a recibir —comenzó Marcela la oración—. Danos la fuerza para seguir ayudando a aquellos que no tienen que comer; danos la fe y la esperanza de saber que Dios ama a todos sus hijos y nunca nos abandona.

Pasé la bandeja del pescado. Josefina me ayudó a poner el pan, las papas y la ensalada sobre la mesa. Asunción abrió una botella de vino y sirvió las copas.

—Gracias hermana Clara, como siempre, se ve todo delicioso. Estuve esta tarde charlando con la hermana Ignacia, ella pertenece a una orden parecida a la nuestra y trabaja conmigo en las Naciones Unidas, me dijo que su congregación está considerando no responder el cuestionario. Dicen que, así como la Santa Sede ha tenido oídos sordos a tantas de sus peticiones, ahora ellas también están fingiendo de sordera —contó Peregrina.

—Sordas y ciegas debemos de ser, siempre nos han querido mudas —respondió Eleanor.

—Mudas e ignorantes. Quizás tengan razón y es el momento de mostrar nuestra aritmética de primaria —contestó Marcela.

—¡Yo puedo responder con letra cursiva de monja al estilo antiguo, recuerdo todavía como la hermana María nos enseñaba sobre el pizarrón en 1929! —dijo Evangeline.

—Claro, olvidaba que estudiaste en el Sagrado Corazón. Mi mamá y sus hermanas también, todas tenían esta letra barroca y elegante—, recordó Marcela.

—Y hagamos copias en papel cebolla —dije yo, abriendo mi aromático platillo.

—Esas eran para máquinas de escribir. Pero ya, hablando en serio, no sabemos por qué es que nos investigan —dijo Peregrina.

—Sí que lo sabemos. Nos investigan por ser libres. Por seguir a Cristo. Por ayudar a los marginados. Y porque nuestro carisma e independencia los hace ver mal —añadió Asunción.

—Quizás, pero formalmente no se nos ha acusado de nada. Quieren saber cuán grande es nuestra fuerza y hasta dónde nos pueden oprimir. Buscan dividirnos —siguió Marcela.

Era verdad, había un grupo de monjas conservadoras que adoraba al clero y obedecía a pie juntillas. Nosotras establecíamos una diferencia entre nuestro amor a Dios y nuestro amor por la Iglesia: la Iglesia no merecía nuestra obediencia, no después de saber lo que sabíamos.

—Extraño a Juan Pablo II—, dijo Evangeline.

—¿Cómo puedes decir eso? Él fue quien se hizo de la vista gorda con el Padre Maciel y tantos otros. Para salvar a su Polonia permitió atrocidades —contestó Peregrina, alzando la voz.

De postre había ate con queso. Ayudada por Asunción y Peregrina recogí la mesa. Mis opiniones eran un manojito de contradicciones. Pensaba que el Vaticano no debía tener jurisdicción sobre nosotras, pero a la vez estaba orgullosa de ser parte de la Iglesia. Era una sirviente de Jesucristo y mi Jesús era un Jesús católico rodeado de los santos, con sus ritos y su teología. Aunque estaba aquí para servir a Dios y no a los sacerdotes, escuchaba sus sermones, un sacerdote me confesaba y me daba la comunión. A mí no me interesaba el sacerdocio. Veía nuestra función como distinta pero igualmente importante. Menos pública, más esencial.